

vuelva me encontrará en este mismo sitio... ¿Pero qué es lo que llama á usted á la capital de Francia, en donde tanto calor debe hacer, estando el tiempo tan bueno aquí?

—Una historia amorosa—replicó muy serio el doctor.—Voy á procurar apartar á un pobre muchacho de una bribona que...

—Diga usted de una mujer—interrumpió con frialdad Woreseff;—será más corto y también más verdadero. Querido amigo, crea usted á un hombre que ha sido atroz é injustamente desgraciado. No hay más que un sistema posible con las mujeres, y es el que han adoptado los orientales: la esclavitud. Incúlqueselo usted así á su amigo.

—Nada me cuesta decirlo... ¿Pero hacérselo creer!... No desconoce ese sistema respecto á la esclavitud... solamente que es él el esclavo...

—¡Pobre muchacho; Vaya, buena suerte, Davidoff.

El conde encendió un cigarrillo, estrechó la mano de su amigo y salió.

Una hora más tarde, el *yacht* despedía el vapor por sus chimeneas, y lentamente se dirigía á alta mar.

Al apearse el doctor en la estación, no vió ni un sólo viajero en la sala de espera. El expres debía hacerse aguardar bastante tiempo. En el restaurant, en el que bostezaba

una señora detrás del mostrador leyendo un periódico, había un comisionista con su caja de muestras al lado, que estaba tomando un aperitivo. Davidoff salió al patio y se paseó lentamente, mirando si veía venir á Santiago; pero al cabo de unos veinte minutos, la impaciencia se apoderó de él, é internándose por la calle en donde vivía Clemencia, se encaminó a Deaville, pensando:

—¿Qué significa esto? ¿Por qué se retrasa tanto? ¿Habrá renunciado á acompañarme? ¿Qué nueva idea se le ha impuesto? Sin embargo, hablaba anoche con gran sinceridad; pero habrá vuelto á ver, sin duda, á esa infernal criatura, y sus buenas resoluciones se han desvanecido como el humo. ¿Quién sabe! Tal vez la haya contado nuestra conversación, pues todo es posible en el estado de locura en que se halla.

El doctor llegó delante de la casa en que vivía la pecadora y levantó la vista. Las ventanas se hallaban abiertas de par en par, y en el patio un palafrenero estaba limpiando una victoria, haciendo girar rápidamente las ruedas, cuyos mojados rayos brillaban al sol.

—Es preciso que sepa yo á qué atenerme, murmuró Davidoff.

Y con decisión, subiendo los escalones que daban paso á un terrado, entró en el vestibulo.

Un criado salió a su encuentro.

—¿El señor de Vignes?—preguntó el doctor.

—No está.

—¿Tardará en volver?

—Lo ignoro.

—¿Y la señora Villa. está?

—La señora se halla en el invernadero.

—Entréguele usted esta tarjeta; pregunte si quiere recibirme.

El sirviente se alejó.

Davidoff dió algunos pasos en el vestibulo, mirando distraidamente los muebles de roble esculpido, las jardineras llenas de flores, los platos de porcelana colgados de las paredes y el ancho jarrón chinesco, en el que estaban tan apretadas como en una fonda, las multicolores sombrillas y los bastones de variadas maderas, y se decía:—Está claro, huye de mí... Pero Clemencia podrá hacerme indicaciones que sabré utilizar... Voy á atacar á la fiera en su guarida... ¡Bah! no me asusta... No devora sino á los que á ello se prestan.

Se levantó un portier y el sirviente apareció, diciendo:

—Si el señor tiene la bondad de seguirme...

Atraversaron un salón, un gabinete, y llegando á una puerta de cristales, á través de los que se divisaban algunas plantas, el criado se puso á un lado para dejar paso a Davidoff.

Por un sendero formado en medio de licopodios y serpenteando entre palmeras y otras plantas, Clemencia, con traje de fular de color rosa y apretado el fino talle por un cinturón de antigua plata cincelada, adornado de granates, avanzaba sonriente con una regaderita en la mano.

—Buenos días, doctor, ¿á qué debo la fortuna de verle aquí?...—dijo.

Y con gracioso ademán enseñó su mano ennegrecida por un poco de tierra de brezo, exclamando con alegría:

—Yo soy el médico de las flores. Estaba girando mi visita á estas plantas...

—¿Están buenas?

—No del todo mal; gracias.

Y enseñando la regadera:

—Acabo de darles un poco de medicina...

Pero, vamos á ver, ¿qué trae á usted por aquí?

—¿Necesito acaso un motivo para venir á verla á usted?

Ella le miró con frialdad.

—¡Muy bonito! ¡Estoy encantada de su galantería!... Pero le conozco.... No trata usted con mujeres, y por lo tanto, si aquí se presenta, es porque le induce á ello un motivo serio.

—Pues bien, sí. Tenía una cita con Santiago esta mañana, y como ha faltado á su palabra he temido que estuviera enfermo...

—¡Ah!—dijo Clemencia con aire pensativo.

Anduvo hacia una plazoleta en donde se hallaban una mesa y varias sillas. y exclamó sentándose:

—¡Enfermo! Sí, lo está,

Levantó la vista y añadió con gravedad, tocando su linda frente con la punta del índice:

—Sobre todo de aquí.

Y Como Davidoff callaba, ganoso de conocer los secretos de estas relaciones, que tan peligrosas juzgaba para su amigo, prosiguió ella:

Esta mañana hemos regañado por una niñedad. Un trozo de carta sin importancia alguna que encontró en la mesa de mi cuarto, le ha bastado para inquietarse; qué simplon... Como si no fuera yo bastante lista para ocultar lo que no debe saber. Pero se conoce que le atacan los celos, pues se pone furioso, amenaza, llora, grita... Llorar, ¡qué cosa más tonta! ¡Un hombre llorando no me conmueve, me parece sumamente ridículo!

¿No le ama usted ya?

Si... pero no tanto como hace seis meses!... Esas pasiones son encantadoras; mas es preciso que no duren mucho porque traerían consigo la ruina. Yo soy muy seria y sé contar perfectamente. Nuño ha sido mi maestro de

aritmética, y yo discípula muy aprovechada. Pues bien, necesito quince mil francos mensuales para los gastos de mi casa. Si me contentase con el amor puro del más hermoso muchacho que hallase á mi paso, tendría que vender mis rentas y me despreciarían al llegar á veja. ¡Esto no me conviene!

—¡Oh ya se que es usted muy práctica...

—Cree usted lanzarme un epigrama y yo lo acepto como un cumplimento... ¡Sí, soy mujer práctica y de ello me alabo! Santiago se porta muy bien conmigo; pero juega mucho, y desde hace algún tiempo pierde. Su carácter se va agriando, se atormenta á sí mismo y me atormenta a mí también... ¿Por qué?... Si estuviera cansada de él, le despediría sin vacilar... Y si llego yo á aburrirle, que se vaya.: Pero que haga las cosas como deben hacerse, sin ruido ni escenas inútiles.

—¿Quiere usted que se lo diga así?

—Como usted guste.

—¿En dónde puedo verle?

—Aquí.

—Me han dicho que ha salido.

—Nada de eso. Vaya usted á predicarle.

—Ese ha sido el motivo de mi venida á esta casa.

El alma de Pedro

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE DE MONTECORTI, BUENOS AIRES

—Entonces sea usted dos veces bienvenido; ¿quiere usted que le lleve á su cuarto?

—Se lo agradeceré.

Se echó á reír Clemencia, levantándose y diciendo:

—No hay en el mundo una mujer más amable que yo.

—Así se me ha dicho.

—¡El dicho es algo indiscreto!

—¿Por qué, querida? Ese es el modo de adquirir buena fama.

Atraversaron el salón.

—¿Usted vive en el *yacht* de Woreseff?

—Sí.

—¿Conserva las mismas ideas respecto á la esclavitud de las mujeres ese estimable conde?

—Siempre.

—He haí un hombre que entiende la aguja de marear. Su mujer no sabrá apreciar nunca el favor que le ha hecho poniéndole...

—¡Perfectamente!

—Llegaron al primer piso, Clemencia se detuvo y señalando una puerta:

—Este es el cuarto de Santiago—dijo.

La joven, de pié al lado de una ventana que daba al mar, con su traje de color de rosa y sus brillantes ojos, aparecía tan bella, que Davidoff se paró un instante para mirarla, y comprendiendo la irresistible seducción que

dimanaba de aquella criatura, adivinó el placer que encontraban los hombres en dejarse desgarrar entre sus uñas sonrosadas y delicadísimas y en consentir ser triturados por sus dientes tan finos como feroces. Conoció que aquella mujer era la eterna esfinge que devora á los audaces, ávidos de hallar la clave del enigma, y su mirada expresó de un modo tan claro su pensamiento, que Clemencia respondió con una sonrisa:

—¿Qué se ha de hacer, es preciso defenderse!

Y ligera como una corza, bajó la escalera.

Davidoff llamó á la puerta y una voz contestó: ¡adelante! Levantó el doctor el pestillo y vió al lado de una ventana abierta, tendido en ancho sillón, á Santiago con los ojos hundidos y los labios sumamente pálidos. Al entrar el ruso, el jóven, perdió más el color todavía, y una nube pasó por su frente; sin embargo, se levantó, y marchando con una lentitud á su encuentro, le tendió la mano.

—¿Me guarda usted rencor?—preguntó.

—Un poco.

—No merezco tanta indulgencia. Anoche le dije que soy un cobarde. ¡Pues bien! pronto ha tenido usted la prueba de ello.

Santiago hablaba con los dientes apretados y contraído el semblante. Davidoff tuvo lástima de él, se sentó á su lado y le preguntó afectuosamente:

—¿Qué ha pasado desde que nos separamos anoche para que haya usted faltado al compromiso que conmigo contrajo, no obstante ser tan grato de cumplir?...

—¡Nada agradable hay ya para mí—replicó Santiago en voz baja.—Todo cuanto hago es odioso y miserable. Un genio maléfico se ha apoderado de mí y me inspira las peores resoluciones...

—Resístale usted. ¿No puede? Sí: escúcheme un momento. Hace pocas horas se dejó influir por mí; pues bien, vengo á buscar á usted, póngase un sombrero, un gabán y en marcha... Aún tenemos tiempo de tomar el tren.

Santiago hizo un gesto de disgusto.

—No—dijo—no quiero alejarme de aquí...

—Lo que Clemencia me ha dicho, ¿es, pues, cierto?

—¡Ah! ¡Ah! ¿Usted la ha visto?... Y se ha quejado de mí, ¿no es verdad? ¡Miserable! Ella tiene la culpa de cuanto pasa. Si; me pierde, me mata, es imposible concebir lo que sufro... No sé qué loca idea ha pasado por mi cerebro... Dirá usted tal vez que se albergan en mi corazón los celos... ¡Sí, los tengo atroces de una mujer á quien todos han poseído ó poseerán! ¡Á qué estado moral, Dios mío, me veo reducido por ella! Esta mañana hemos tenido una querrela, nos hemos dirigido mútuos

insultos... y en un lenguaje, propio solamente de la gente de más baja estofa, me ha hechado á la calle, ¿lo oye usted? ¡Me ha despedido como á un lacayo!... ¡Pero yo me he quedado y me quedaré! ¿Por qué? Porque no puedo separarme de esa infame criatura, a quien quisiera anonadar y acariciar á la vez. ¡Mujer abyeta y adorable, á quien maldigo desde lejos y á quien suplicaría de rodillas, si estuviese aquí y me lo exigiera!

—Pruebe usted á alejarse de ella dos días solamente...

—¡No, no! ¡Es imposible! Cuando volviera estaría mi sitio ocupado. No se sabe cuántos la rodean y la solicitan... He tenido esta mañana la prueba de ello y eso es lo que ha excitado mi indignación... ¡Sin embargo, es mía... yo soy quien más la posee!... La veo desde por la mañana hasta por la noche... ¡Qué vacío dejaría en mi existencia si desapareciera!... ¡No! todo se lo he sacrificado; lo he sometido todo á sus deseos... Es preciso que la tenga á mi lado... si no, será el fin...

Y ocultando el rostro entre sus manos permaneció silencioso durante algunos instantes; luego continuó con acento desesperado:

—Cuando se acaben mis recursos, no ignoro que me obligará á marchar, pues no abre crédito á nadie. He tenido que hacer ciertos ar-

reglos con mi notario y voy á seguir jugando para sostener su trén... ¡Oh! esto no durará mucho tiempo, porque la fortuna me abandona... No obstante persisto, aún cuando sé perfectamente cuál será la conclusión inevitable de todo ello... Ya vé usted cómo no es necesario darme una lección de moral, puesto que comprendo lo que me dice y yo mismo vitupero mi conducta... Abandóneme usted á mi suerte, amigo mío, no valgo lo bastante para que se moleste por mí.

Davidoff le había escuchado con el corazón encogido, estudiando con piadosa curiosidad, aquella triste locura. Conocía demasiado lo que es esa pasión que ha conducido á tantos hombres á la imbecilidad ó al suicidio. Sabía que es producida por la embriaguez de los sentidos, por la exasperación de la vanidad y también por una especie de misterioso terror que se apodera de los que, habituados al tumulto de una existencia febril, piensan que tendrán que vivir en adelante en el aislamiento y en el silencio. Después de una vida de constantes placeres encontrarse abandonado de todos y solo consigo mismo, es idéntico á entrar en un convento de trapenses á la salida de un baile. Se necesita una alma fuerte y un cerebro bien templado para soportar cambio tan brusco.

Hecha esta reflexion, el doctor dijo al jóven:
—Venga usted conmigo y me comprometo a que no nos separemos hasta que usted esté del todo curado física y moralmente.

Santiago soltó una carcajada nerviosa, estridente y triste.

—¡No! ¡no! abandóneme usted.... !No quiero que me defiendan!... Estoy sentenciado y nada ha de prevalecer contra el fallo de la suerte... No vivo más que para ser desgraciadísimo... Tengo que sufrir todas estas torturas...

Y bajando la voz como asustado:

—Bien sabe usted que yo no soy el que obra y habla, sufre y llora... Otro está en mí y me lleva hacia la catastrofe... Aún cuando quisiera detenerme, no podría... ¡Oh! siento agitarse furiosa en mí su alma implacable... ¡Tiene celos! ¡Se venga de mí, en mí mismo!... Mientras que anime mi cuerpo, estará sufriendo... El día en que me vea libre de ella...

Al oír estas palabras, Davidoff hizo un violento gesto, su ceño se arrugó y estuvo á punto de gritar: «¡Está usted loco! ¡Laurier ha desaparecido; pero vivo!... Me he prestado á apoyar esta fantasía, porque abrigaba la convicción de que solamente la confianza devolvería á usted la fuerza para vivir... Pero, puesto que ha llegado á un punto tal de alucinación que lo que contribuía á salvarle es

causa hoy de su pérdida. debo declarar á usted la verdad...» Mas detuvo las palabras, prontas á escaparse de sus labios pensando: «No me creerá! ¡Es preciso que la presente á su amigo curado de su enfermedad moral, para probarle que él también puede salvarse!»

Se volvió hacia el jóven diciéndole con mucha dulzura:

—Puesto que no quiere usted acompañarme á París, iré solo. Veré á su madre y á su hermana...

Una nube pasó por la frente de Santiago, y sus ojos brillaron humedecidos por las lágrimas:

—Gracias—murmuró con voz ahogada.— Procure usted que me perdonen el pesar que les ocasiono.... Son tan buenas y tan amantes...

Se levantó con un estremecimiento horrible que recorrió todo su ser, exclamando:

—¡Oh, soy un miserable! ¡Cuanto más valdría que hubiese muerto!

Oyóse en aquel momento desde el jardín una voz argentina que llamaba:

—¡Santiago!...

Este avanzó con precipitación. Clemencia estaba cortando rosas en el jardín. Le vió y dirigiéndose á él expuso con alegre tono la proposición siguiente:

—¡Vaya! ¿No estás enfadado ya? Hace un tiempo delicioso, baja é iremos á almorzar á Villers...

El jóven volviendo al lado de Davidoff le dijo con agitación:

—Me está llamando, lo ve usted; me espera. No es tan mala como le decía... Tiene momentos terribles... pero me ama... venga usted amigo mío...

Y le arrastró hacia la escalera. Llegaron delante del vestibulo y allí Santiago, apretando fuertemente las manos del doctor y como si tuviera prisa por hallarse solo con Clemencia, le despidió con estas palabras:

—¡Adiós! perdóneme usted de nuevo... Tranquilice á mi madre... y cuide usted de mi hermana... ¡Oh! ella antes que nada... ¡Pobre niña!... ¡Adiós!

Y se lanzó con rapidéz hacia el jardín, en donde su desapiatada tirana le estaba esperando. Davidoff se alejó apresuradamente y desde la orilla del mar apercibió al blanco *yacht* que, coronado por un penacho de negro humo, se dirigía afuera, y pensó:

—Estoy libre; aprovechémonos de ello.

Se encaminó á las oficinas de telégrafos, tomó un papel, y de pie, delante del ventanillo, redactó un telegramma que decía:

«Pedro Laurier; suplicando al señor cura de

Torrevecchia: Córcega. Venga usted sin perder momento. Su presencia es necesaria. Al bajar del tren y sin ver á nadie, búsqieme usted en el Gran Hotel.

DAVIDOFF.»

Entregó el parte al empleado, pagò y salió murmurando:

—Si no puedo salvar á Santiago, voy á procurar por lo menos librar de la muerte á su hermana.

Y partió para París.

VI.

El parte telegráfico que Davidoff expidió á Pedro Laurier, le fué entregado á éste el mismo día en que la hija de un rico arrendador de San Pellegrino celebraba con Agostino su boda. El marinero se había enriquecido burlando la vigilancia de los aduaneros y dió seis mil francos de dote á su futura.

Esta morena y fuerte montañesa de dieciséis años, era dueña de una casa y de varios olivares. Ambos se amaban hacía más de un año, y Agostino, no necesitándolo ya, dejaría de navegar. Bajo estas condiciones se concertó el casamiento.

Al salir de la iglesia de San Pellegrino, y al paso de los novios, los tiros estallaban en señal de alegría, como si la *vendetta* hubiera armado á la mitad del pueblo en contra de la otra mitad. Echaban vivas sin cesar, las caras de los convidados estaban radiantes y la hermosura del día el calor y el olor de la pólvora, producían una especie de embriaguez en los concurrentes. Pedro, llevando del brazo á la pequeña Marieta, con quien había pedido para los pobres en la iglesia, seguía con la mirada las peripecias de aquella fiesta tan original y ruidosa, soñando con el hermoso cuadro que pintó más tarde, y que se hizo popular bajo el nombre de: *Un casamiento en Córcega*.

Su corazón estaba tranquilo y su espíritu había recuperado la antigua fortaleza. Ni una sombra oscurecía su pensamiento. Entregado completamente á la alegría producida en él por la felicidad de aquellas gentes, á quienes profesaba un sincero cariño, y cuya vida patriarcal le había hecho olvidar las pasiones insanas, se encontraba con alientos para dedicarse de nuevo y con ardor á su arte.

La boda se dirigía á casa del padre de la novia con el fin de celebrar el banquete en honor de los esposos, y en el momento de entrar en el patio, que se hallaba delante de